

reos en coche, acompañados solamente del sacerdote, del encargado de la ejecución y de la escolta. Se fusilaba al reo en un costado del cementerio y no había rogativas ni dobles. Ahora, estando prohibidas las ejecuciones en lugares públicos, se verifican en el interior de las cárceles, conforme lo dispone el Código Penal.

CAPILLA ALPHEGEA
CATEDRAL DE SAN JUAN DE LOS RIOS

DE PASEO.

I.

D. Celedonio es un individuo entrado en años, que debido á ellos algo ha leído, y ha visto hasta lo que no hubiera querido ver, y Casimiro es un joven de mediana edad, afecto también á leer y oír las narraciones que de sus recuerdos le hace el primero.

Con frecuencia salen juntos á paseo, aprovechando Casimiro la noticia de algún suceso ó la vista de algún objeto, para que D. Celedonio forme puntos de comparación entre lo antiguo y lo moderno.

Una mañana que paseaban por la Estación del Ferrocarril Nacional, llegaba el tren del Sur y se acercaron para ver desembarcar á los pasajeros del rumbo de México.

Casimiro se dirigió á Don Celedonio diciéndole: qué diferente ha de haber estado San Luis hace cincuenta años, y qué penoso ha de haber sido viajar en ese tiempo.

—Efectivamente, contestó D. Celedonio, eran largos y molestos los viajes, pero había la compensación de que el viajero conocía todas las poblaciones que tocaba en su tránsito, las costumbres de sus habitantes, el clima, la coloración de la atmósfera, el movimiento aparente de los astros y disfrutaba del variado panorama de los campos; lo que ahora no puede disfrutar por la marcha rápida del tren que lo toma en un punto y en diez horas lo transporta á cuatrocientos kilómetros de distancia sin saber lo que dejó atrás.

—¿Puede Ud. decirme cómo se viajaba entonces, y dar-me alguna idea de la ciudad en ese tiempo?

—Con mucho gusto:

Cuando algún vecino de la ciudad quería hacer un viaje á cualquier punto, tenía necesidad de alquilar un flaco caballo en un mesón, pagando un peso diario y dejando en garantía, si no era conocido, el doble del valor del animal. Para llevar un *mozo montado* ó de camino como se les decía, se buscaba en un establecimiento del mismo género, y se le pagaba otro peso diario dándole además los alimentos y pastura para el caballo. En ese tiempo no había todavía líneas de diligencias, y era raro encontrar en alquiler un carruaje para camino ó un asiento en algún coche que salía con dos ó tres personas; también es verdad que eran muy pocos los que viajaban. Los jefes de las casas de comercio hacían dos ó tres viajes cada año á México ó á Tampico, y los ricos muy rara vez iban á la capital, si no era para llevar algún hijo á los colegios de México ó Morelia, ó á alguna hija á los conventos de las mismas ciudades, ó de los de Querétaro ó San Miguel de Allende.

No obstante la importancia mercantil de la plaza, pocos eran los comerciantes de México y Tampico que la visitaban; generalmente hacían sus operaciones por medio de correspondencia epistolar.

El día que se presentaba en la ciudad una familia forastera, provocaba la curiosidad de todos. Al segundo día todo San Luis estaba informado de su llegada y de las cualidades ó defectos que tenía. Si en esa familia había hombres y mujeres, nuestros jóvenes procuraban inmediatamente imitar á los primeros en el vestir y en las costumbres que observaban, y nuestras jóvenes hacían lo mismo con las segundas, imitaban sus trajes y adornos, el calzado, el peinado, el andar y el bailar.

Esto dará una idea del aislamiento que en ese tiempo había entre nuestras ciudades respecto al trato social. El tráfico lo hacían los carreros, arrieros y demás conductores de mercancías de todas clases, el cual era notable en San Luis porque su posición topográfica lo favorecía para centro de operaciones mercantiles entre las plazas de Guanajuato, León, Lagos, Aguascalientes, Zacatecas, y toda la frontera del Norte.

No obstante esa importancia mercantil de la plaza, los

establecimientos de comercio eran como vulgarmente se dice, *contados*, aunque bastantes para surtir la ciudad y para satisfacer los pedidos de fuera, porque eran casas fuertes en sus respectivos ramos, y siendo pocas de cada uno, vendían á los precios que querían sin que hubiera quien les hiciera competencia.

Es tan notable la diferencia entre el San Luis de hoy al de hace 50 años, que si no fuera por los edificios monumentales que le adornan, y que subsisten como testimonio impercedero de la piedad, de la filantropía y del patriotismo de nuestros antepasados, se creería que San Luis había desaparecido y que en el mismo sitio que existió se había levantado otra ciudad nueva, respetando por tradición algunos arrabales de sus alrededores, como recuerdo de su antigua fundación. Esto que digo de su aspecto físico, es igualmente aplicable á las costumbres é ilustración de sus habitantes, y lo es también á los ramos de la riqueza pública.

Haré á Ud. notar esa diferencia, ateniéndome únicamente á la tradición y á mi memoria, en virtud de que siempre hemos carecido en San Luis de una oficina encargada de la estadística en todos sus detalles, y por desgracia hasta de personas curiosas que particularmente la hayan llevado.

Empezaré por reconstruir la plaza principal y la mejor calle que tenía San Luis á mediados del Siglo XIX. No me remontaré al Siglo XVIII en que estuvo en esa plaza el mercado de frutas y legumbres, ni á la época de la guerra de insurrección en que Calleja mandó colocar entre los duraznos, las limas y los melones, la horea y la picota. Estos detalles los verá Ud. en la Historia General de San Luis. Por ahora sólo se trata de las transformaciones físicas de la misma ciudad, y morales de sus habitantes en el espacio de medio siglo.

Tenía nuestra plaza por los años de 1850 á 1853, unos embaldosados que la atravesaban diagonalmente de esquina á esquina y otros horizontales de Sur á Norte y de Oriente á Occidente, partiendo del centro de cada uno de sus cuatro lados. A la orilla de éstos, unas banquetas del ancho que tienen todas las de nuestras calles y al rededor de toda la plaza, junto á las banquetas por el lado de adentro, unas toscas bancas de piedra para uso del público. Completa-

ban el adorno unos diez ó doce fresnos y unos seis ú ocho olmos plantados en desorden, y en el centro de la plaza la fuente y obelisco contruidos por Tres Guerras en 1825. En los tramos no embaldosados de la plaza, crecían en abundancia la malva, la verdolaga, el tianguis y otras hierbas, lo que prueba que no andaba allí la planta del transeunte ni la mano de la policía. Recuerdo que siendo yo muchacho de escuela, atravesaba la plaza para ir al establecimiento de Don Pedro Vallejo, y una de mis diversiones en compañía de otros condiscipulos, era sembrar en esos tramos granos de maíz ó de frijol, ocurrir diariamente á regarlos con agua de la fuente, ver crecer las matas y cuando ya creíamos próximo el día de levantar la cosecha, nos encontrábamos con que algún travieso había arrancado nuestra siembra ó había tomado un pienso algún jumento de los que con frecuencia entraban á la plaza.

El alumbrado se reducía á los cuatro faroles que en tiempo del Gobernador Diaz de León se pusieron en la fachada del Palacio, dos en la del Parián, uno en la casa de D. José M.^a Flores, hoy Gran Hotel, uno en la del Dr. Parada, hoy casa de comercio de Olavarría, uno en cada esquina de la plaza y cuatro en el centro; en esos faroles, como en todos los de la ciudad, el combustible era manteca ó aceiteillo cuando la primera estaba muy cara.

Compárese la Plaza principal que acabo de describir con la que hoy tenemos y se verá la inmensa diferencia que existe entre una y otra.

Ya es tarde, después de la cena, á las 9 p. m., nos veremos en la misma plaza principal para recorrer las calles que conducen á la Plaza de Colón.

DE PASEO.

II.

Señor D. Celedonio, desde las ocho y media estoy aquí, forjando en mi imaginación la forma de la plaza, según Ud. me la describió esta mañana, y comparándola con la actual, es verdaderamente muy notable el cambio en sentido progresista, tan notable, que es casi imposible que lo haya tenido igual en tan corto tiempo, ninguna otra capital de los principales Estados de la República.

Aquí me tiene Ud. para que veamos las calles de Zaragoza.

—Esas calles se llamaban en aquel tiempo, de la Concepción, las cinco primeras, y de la Merced las tres últimas. Por decreto gubernativo llevan todas ahora el nombre del vencedor de los franceses, el 5 de mayo de 1862.

En la primera y segunda estaba concentrado el comercio de ropa y había otros establecimientos de distintos ramos. En los bajos de la casa que hace esquina con la 1.^a de Zaragoza y 1.^a de la Catedral, había un *Estanquillo Nacional de puros, cigarros, naipes y papel sellado*, cuyo agente era D. Manuel Otahegui. En la otra esquina que es ahora el Almacén de "La Palestina," había una tienda de ropa, de triste aspecto, de D. Pablo Guerra. El local que ocupa